

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 13 de Junio

Núm. 22

Año XII. No. 542

SUMARIO

Un transeúnte	<i>Azorín</i>	Del traductor de Gog	<i>Mario Verdaguer</i>
La juventud en el Poder		Las máscaras	<i>Giovanni Papini</i>
Una charla con Gissing	<i>Rafael Estrada</i>	Homenaje a la España profunda	<i>Jean Cassou</i>
Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua	<i>Salomón de la Selva</i>	Una idea más... Una antología	<i>Victor Manuel Cañas</i>
La falsa estampa	<i>Gabriela Mistral</i>	Poesías	<i>Julio Mercado</i>
Sinfonías del trópico	<i>Flavio Herrera</i>	El cuento del hombre que tuvo un ojo de cerdo	<i>Juan del Camino</i>
Bananas y hombres (3)	<i>Carmen Lyra</i>	Cuidado se sacrifica otro Solón	<i>Persiles</i>
Un retrato y tres dibujos	<i>Oliver Shaw</i>		

Un transeúnte

= De La Prensa. Buenos Aires =



Vladimir Ilitch Oulianov o Nicolai Lenin

Lector, si te place, vamos a dar un paseo; un paseo por París. Ya hemos tomado un ligero taxímetro; ya hemos recorrido muchas calles y muchas plazas; ya estamos un poco cansados de caminar vertiginosamente. Echamos pie a tierra; queremos desentumecernos las piernas; nos agrada andar un rato descuidados, observando las cosas y los hombres. Llegamos a una callejita; no tiene nada de notable esta vía; está apartada del centro de la gran ciudad; poca gente transita por ella; las casas son vulgares; las ventanas, como todas las ventanas de casas pobres; en los zaguanes no vemos tampoco nada de particular. La calle, en suma, es anodina; pero, querido lector, tú lo sabes; estas calles anodinas tienen su encanto; no hay en ellas cosas extraordinarias; no se ven en sus edificios primores de arquitectura; mas esta anodinidad, esta apariencia vulgar, nos atraen profundamente. Buscamos, por debajo de lo vulgar, la vida cotidiana; la vida de los millares y millares de hombres que trabajan y sufren; las vidas llenas de dolores callados, silenciosos, y de las raras, menguadas, escasas alegrías. Subamos por la escalera de una de estas casas; la escalera es angosta; sus tramos son pinos; vamos subiendo y vemos puertas de cuartos estrechas, vulgares también. Nos detenemos ante una de estas puertecitas; llamamos con discreción; nos abren; entramos. Tenemos ante nosotros un pasillo; a un lado se abre una puerta; la trasponemos; penetramos en una estancia; entre estas cuatro paredes, se acomoda una ancha mesa; al lado de la mesa, una silla; silla tosca, ruda. Al lado de una de las paredes, un diván. Este es todo el menaje. Lo observamos todo con atención; la mesa está cubierta con un tapete de hule negro; siendo negro, cuando cae alguna mancha de tinta, no estropea el tapete. Porque en esta

mesa se escribe mucho; se escribe sin parar. Los libros que están amontonados sobre la mesa, sobre el diván, en los rincones, nos indican que en este cuartito vive alguien que trabaja con el cerebro. Una puerta que se abre en el fondo, da paso a una alcoba; en su ámbito se ven dos camas de hierro. Si volvemos al pasillo y continuamos avanzando, entraremos en otro cuartito más angosto que el que hemos visto; en él hay otra cama. Y al fondo del corredor, la cocina; cocina que sirve también para que coman en ella los moradores de la casa. Y ha concluído la reseña de esta pobre y humilde morada.

¿Quiénes viven en esta casa? En la ca-

calle, antes de entrar, hemos visto a un hombre sin americana, con las mangas de la camisa arremangadas; estaba arreglando algo que se había descompuesto en una bicicleta. Al pasar nosotros junto a él, ha levantado la cabeza y nos ha mirado. En los ojos de este hombre hemos creído ver algo que no hemos visto en otros ojos; había en la mirada de este hombre un fulgor especial, un relampagueo de energía sobrehumana y de penetrante inteligencia. En el cuartito que acabamos de visitar, vive este ciudadano que está arreglando en la calle su bicicleta, su mujer y la madre de su mujer. Los tres y la bicicleta; los tres y un ramo de flores; los tres y los libros; los tres y las amistades caras, diletas, que el hombre, su mujer y la madre de su mujer mantienen con camaradas que ven todos los días y que a veces vienen a visitarlos. Y estos son los tres signos, digámoslo así, bajo los cuales se desenvuelve la vida de este ciudadano; la bicicleta, las flores y los libros. Los libros como representativos del trabajo mental. Cuando se anuncia la primavera, todos los años, lo primero que hacen en esta casita es sacar unos sombreros viejos; la mujer joven saca de un cajón un sombrero de paja; la anciana saca otro sombrero; el hombre no saca ninguno; lo que hace es echar mano de un frasquito de bencina y limpiar con cuidado los manchones de su hongo. En tanto realiza esta operación el ciudadano, las mujeres van dándole barniz a sus sombreros de paja. Las dos operaciones son de suma importancia. La bencina para el hongo y el barniz para las pamelas, son de una trascendencia incalculable. Con estas operaciones se da por comenzada la primavera. Y con la entrada de la primavera, salen a luz las bicicletas; porque son dos las bicicletas que hay en esta casa: una la del hombre y otra la de la mujer joven. Y si la anciana pudiera